

Testimonios

Recopilación y edición: *Melisa Machado*

Irma Guillén, nutricionista

“Un tiempo de vida que nos enriqueció”

Recuerdo cuando nuestra Jefe del Departamento de Alimentación (denominación de aquella época) nos comunicó a María Esther Gallo y a mí que nos había seleccionado para trabajar en el CTI y nos habló de las características del equipo y de los objetivos. Lo primero que hicimos fue decirselo al Dr. Artucio y al Dr. Wolyvovicks, que estaban almorzando en el comedor (sin duda ellos ya lo sabían), realmente estábamos radiantes, ellos nos recibieron con alegría y por qué no decirlo, nosotras nos sentimos muy importantes.

Todos teníamos un objetivo en común que era “sacar a los pacientes adelante”, reconfortándolos en lo posible, recuerdo pacientes con alimentación por sonda (aparentemente fuera de ambiente) que cuando les decíamos que no se preocuparan porque no estaban comiendo, ya que por esa sonda recibían todos los alimentos, más de una vez vimos correr una lágrima por sus mejillas.

Recuerdo a Luisito (10 años), tenemos una tarjetita, que nunca pudimos tirar, de las colaciones de él que en realidad era solo de jugos, ya que sus intestinos habían recibido una perdigonada dada por otro niño (con su mente alterada). Cómo no recordar a Luisito cuando él decía que el otro niño lo había hecho sin querer; la perdigonada también había afectado gravemente una de sus piernas, y cuando se enteró que se la habían amputado, pedía que a su “mamita se lo dijeran despacito”. La noche en que falleció era muy tarde, y yo no me quería ir porque lo veía mal, desde la puerta de su apartado lo miraba y él me hacía muequitas con su nariz (como para conformarme).

Entre tanto dolor, manteníamos un espíritu positivo (era nuestra obligación y nuestro deseo), entonces cuando se daban situaciones para festejar, las festejábamos y esto nos hacía bien para seguir.

Se pesaban todos los alimentos al servirlos y al retirarlos para calcular la ingesta calórico proteica y aquellos nutrientes que interesaban de acuerdo a cada patología. Horas de trabajo, realizado con alegría porque a cada paso sentíamos la valoración y la utilidad del mismo. Hacíamos dos turnos pero había dos o tres horas en que trabajábamos juntas (se quedaba una y llegaba más temprano la otra). En la noche si nuestro horario era hasta las 21 horas, si era necesario nos quedábamos hasta las 23.

Las visitas del equipo a los pacientes eran permanentes pero en grupo eran dos veces al día, en cada una de ellas, si era necesario, se modificaban los preparados ajustando nutriente por nutriente. Las compañeras que realizaban estos cambios no eran profesionales, pero como si lo fueran, estaban tan motivadas como nosotras que también se quedaban (sin ni siquiera pensar en pedir horas extra).

Fue un fenómeno muy especial. Fue un tiempo de vida que nos enriqueció a todos.

Alma Ifrán, ecónoma

“Un cambio radical”

A fines del año 69 ingresé en la Universidad como funcionaria administrativa. En el año 70, al quedar presupuestada, elegí el Hospital de Clínicas. Trabajaba en el departamento de Contaduría y un buen día me llamaron de la Dirección del Hospital. Al llegar me encontré con el director, el doctor Villar, y con la jefa de Personal, Raquel Ferreira Ramos.

Me dijeron que en poco tiempo iba a comenzar a funcionar el Centro de Tratamiento Intensivo, un servicio nuevo en el país y que necesitaban un funcionario para trabajar en el economato que cumpliría, según sus palabras, con “las funciones de un ama de casa”.

Antes de ingresar al Hospital, yo había tenido un pequeño negocio; de ahí me conocía Ferreira. Ella pensaba, entonces, que si estaba acostumbrada a mantener un stock, a atender al público, a mantener cierto orden, era la persona adecuada... Así fue como pasé a integrar el equipo de trabajo.

La OPS, que asesoraba el proyecto, decía que en ese equipo multidisciplinario tenía que haber un funcionario administrativo absorbiendo todas las tareas no clínicas, lo que permitiría al médico y a la enfermera dedicarse a su función específica.

En octubre de ese año participé en un seminario organizado por OPS/OMS, donde trabajé en el aspecto administrativo con el consultor de la OPS, Jorge Peña.

Cuando me incorporé al grupo de gente del CTI, médicos y enfermeras ya se venían reuniendo desde tiempo atrás; se incorporaron también siete compañeras de servicios generales que luego pasaron a depender del economato.

Durante un mes estuvimos reuniéndonos todos los días, durante las mañanas.

El doctor Villar nos hizo conocer el Hospital desde el proyecto de construcción. Mantuvimos charlas con los jefes de servicio de todos los sectores del Hospital y se creó entre todos una gran camaradería.

El CTI se convirtió en un servicio muy visitado; por allí pasaron médicos y enfermeras de otras instituciones del país; también vinieron ecónomos.

Para mí fue un cambio radical desde todo punto de vista; en cuanto a conocimientos, valoración de la vida... Hasta en mi vida privada me hice más ordenada y prolífica.

Norma Minarieta, nutricionista

“Fui muy afortunada por trabajar en ese equipo”

En el año 1969 terminé el período de práctica en el Departamento de Alimentación del Hospital de Clínicas. Fue un período sumamente enriquecedor por la calidad profesional de las dietistas que tuve como instructoras, tan es así que mi aspiración era ingresar como dietista de ese Hospital.

Hubo un concurso, y en diciembre de 1970 ingresé. En marzo del 71 me asignaron un piso en el turno de la tarde. En ese momento se estaba proyectando el inicio del Centro de Tratamiento Intensivo y sentía curiosidad por saber cuáles dietistas serían las afortunadas de integrar ese equipo.

Una de las sorpresas más grandes de mi vida fue cuando Elfrides Gianello, que era la Jefe del Departamento de Alimentación, me citó a su despacho y me planteó que había sido seleccionada para integrar el equipo de dietistas donde estarían María Esther Gallo e Irma Guillén como titulares y yo como suplente. Creo que me planteó que no era necesario que le contestara en ese momento, pero por supuesto que fue un sí inmediato.

Tuve la posibilidad de trabajar con Gallo, que había sido mi primera instructora de práctica, en piso 8, con quien aprendí no sólo conceptos teóricos sobre una cantidad de patologías y la planificación de la dieta de diabéticos en diferentes situaciones clínicas, sino también la interrelación con los pacientes, y con el equipo asistencial. Con Irma Guillén ya habíamos compartido durante un tiempo la atención de un piso (dos dietistas que estaban dentro del grupo de “Monstruos sagrados” del Departamento de Alimentación).

A partir de ese momento comenzamos a reunirnos para establecer la metodología de trabajo. No contábamos con un modelo ya que era la primera experiencia en nuestro medio.

Quedó definido que se harían planes individuales para cada paciente. Se calcularía la ingesta real diaria medida en calorías y nutrientes priorizando los que fueran más importantes de acuerdo a cada patología.

Esto implicaba que cada paciente tenía una ficha con la valoración nutricional, el cálculo de la dieta asignada y una hoja diaria donde se indicaban los alimentos que tenía asignados (se le pesaban los alimentos sólidos y se medía el aporte de fluidos). Al regresar la bandeja se descontaba lo que había dejado y se calculaba la ingesta real.

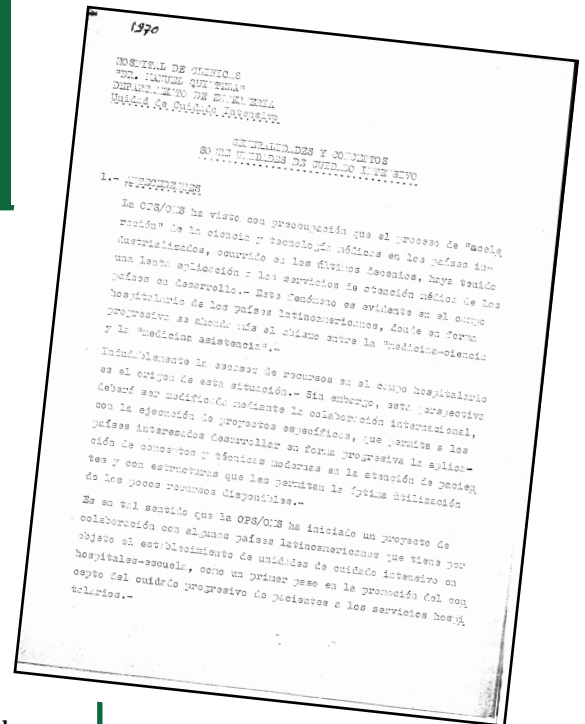
Se utilizarían alimentos simples y preparaciones sencillas para poder hacer el cálculo de los mismos, las preparaciones líquidas y algunas sólidas se harían en el sector (lo demás vendría preelaborado de la cocina del Hospital).

Dos veces al día (al mediodía y en la noche) los médicos hacían una revaloración del tratamiento de cada paciente. Si había cambios en la dieta, se hacían los ajustes necesarios a partir de ese momento, se hacían los registros correspondientes y si era en la noche se dejaba consignado en el pase de guardia el detalle de los mismos para la dietista de la mañana.

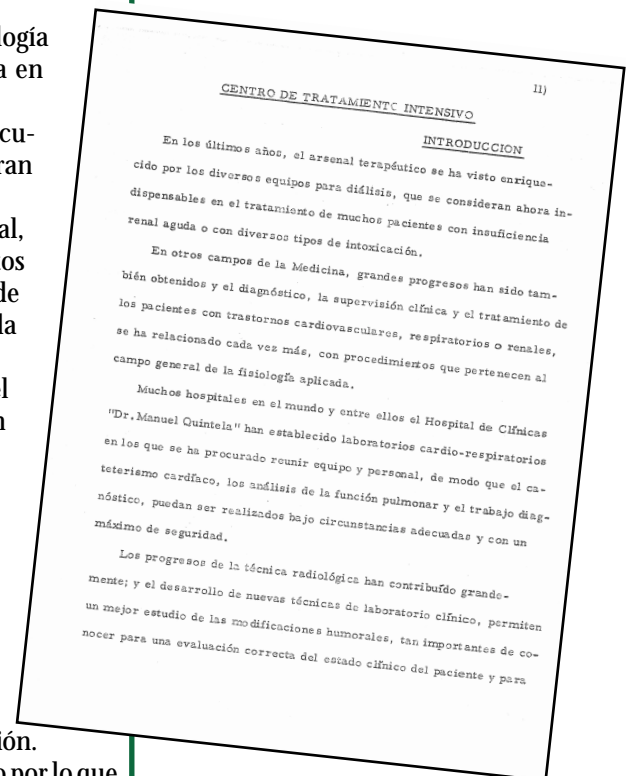
Todo esto se cumplía gracias a una coordinación permanente con el personal de Enfermería que estaba muy compenetrado de la importancia de la nutrición y que participaba directamente administrando las colaciones que quedaban indicadas en horas de la noche en que ya no había personal de Alimentación.

El médico de guardia permanecía en el piso durante todo su horario de trabajo por lo que le traíamos la comida: el menú que correspondía al comedor de funcionarios.

Había también una relación muy especial, un sentimiento de integración, de amistad, que fueron únicos e irrepitibles. En suma, en esa época incorporé un método de trabajo, una concepción de lo que es asistencia-docencia, que siguen estando vigentes. Fue un gran privilegio haber integrado ese grupo.



Documento original del Departamento de Enfermería del Hospital de Clínicas sobre "Unidades de Cuidado Intensivo" (1970)



Una de las páginas del "Proyecto de Asistencia Progresiva", publicado en agosto de 1961 con la firma, entre otros, de Hugo Villar, Aron Nowinski y Dora Ibarburu